

pendencia, así en la vida pública como en la privada, podía ambicionar; y vivía como un particular, sin cargos oficiales <sup>1)</sup>, sin más fuerza legal que la que tenía un edil romano para hacer cumplir sus órdenes; y sin embargo, gozaba de una autoridad moral que rara vez han ejercido los reyes hereditarios. Cuando desde la tribuna arengaba al pueblo, los atenienses veían en él á un Zeus Olímpico, rey del trueno y del rayo, si bien no fué la pasión de su elocuencia, sino la fuerza irresistible de sus argumentos y la majestad de su persona, lo que le valió el sobrenombre de Olímpico <sup>2)</sup>; por esto decía un poeta cómico que Pericles era, de todos los oradores, el único que clavaba el aguijón de su elocuencia en el alma de los que le escuchaban <sup>3)</sup>. Los restos arquitectónicos y demás obras plásticas correspondientes á la época de su gobierno, revelan claramente el fin á cuya consecución consagraba su elocuencia y su política, el poderío y las riquezas que acumulaba en Atenas. Asegurada la defensa del Estado con las

<sup>1)</sup> Pericles era indudablemente tesorero de la administración pública (ὁ ἐπὶ τῆς διοικήσεως) al estallar la guerra del Peloponeso; pero si bien este cargo le proporcionaba ocasión de conocer con exactitud el estado de la Hacienda de la nación, no llevaba en cambio aneja autoridad legal alguna. Exceptuamos, por supuesto, las épocas en que Pericles fué estratega, particularmente en los comienzos de la guerra del Peloponeso; época en que el estratega gozaba de amplio poder ejecutivo, porque durante el asedio Atenas era considerada como un campamento fortificado. [Como con razón observa C. Hillebrand en su traducción de esta obra, el autor echa aquí en olvido la gran influencia que á su posición oficial debió Pericles. Menos importancia para la cuestión de que se trata tiene la circunstancia apuntada por Tucídides, 2, 65, 6, de que los atenienses le nombraron estratega y entregáronle la dirección de los negocios: στρατηγὸν εἶλοντο καὶ πάντα πράγματα ἐπέτευσαν (véase sobre este particular E. Curtius, *Griechische Geschichte*, vol. 2, p. 224), así como que le sostuvieron durante muchos años consecutivos en la administración de la Hacienda pública. Lo que Müller en su obra *Aristophanes und die historische Kritik*, p. 197 y ss. y 380, dice acerca de la importancia del cargo de Tesorero público, debe tenerse por indudable. Que este empleo era el que mejor podía desempeñar para poder realizar sus planes de embellecimiento, lo demuestra posteriormente el ejemplo del orador Licurgo, el cual, aunque no en tan alta medida como Pericles, embelleció también mucho la ciudad. Véase sobre este particular á A. Schäfer, *Demosthenes und seine Zeit.*, vol. 3, p. 274 y 275.]

<sup>2)</sup> [Diodoro, 12, 40. Plutarco, *Pericles*, 8.]

<sup>3)</sup> καὶ μόνος τῶν ῥητόρων  
τὸ κέντρον ἐγκατέλειπε τοῖς ἀκρωμένοις.

Eupolis en los demos [de un largo fragmento citado por los escoliastas de los *Acarnienses* de Aristófanes, V. 529. Véase Meineke, *Frag. com. gr.*, t. 2, p. 458 y ss.]

murallas y las fortificaciones mandadas levantar en el puerto y en derredor de la ciudad por Termístocles, Cimon y el mismo Pericles, este último decidió al pueblo ateniense á invertir en el embellecimiento de Atenas, en obras arquitectónicas y en esculturas una parte tan considerable de sus cuantiosas rentas, que jamás república ni monarca alguno empleó tales sumas en semejantes empresas <sup>1)</sup>. Pero estos dispendios que en cualquiera otra época habrían sido excesivos, estaban perfectamente justificados cuando el arte, tras largos y penosos esfuerzos, llegaba al apogeo de su brillantez, y cuando genios como Fidias, ligado por estrechos lazos de amistad con Pericles, poseían el misterioso y mágico poder de dar vida y animación á la piedra y el bronce, á las columnas y á las bóvedas, á los miembros y á los rostros humanos. El hecho de que jamás, ni bajo los auspicios de los monarcas macedónicos ni de los romanos se crearon obras tan sublimes, tan perfectas en el conjunto como en los detalles, nos inclina á admirar más y más la energía y el genio de Pericles, que supo concentrar en Atenas los rayos del astro vivificador de las bellas artes, y á creer que este grandioso movimiento artístico jamás se hubiera reproducido y habríase perdido para siempre si Pericles no hubiera estado allí para dirigir el espíritu de aquel siglo y sus inspiraciones; y en verdad puede asegurarse que las creaciones del siglo de Pericles son las únicas obras humanas que logran satisfacer por completo el gusto más puro y delicado.

Mas es evidente que no fué el intento de Pericles ni de los atenienses que como él pensaban y que le auxiliaban en sus empresas, limitarse á aclimatar en Atenas sólo las artes que hablaban á la vista, sino que tendían á concentrar en su patria todo cuanto despierta la idea de lo bello proporcionando goces espiri-

<sup>1)</sup> En la época de Pericles en que los tributos que pagaban los aliados formaban un total de 600 talentos [Tucídides, 2, 15, 3], las rentas anuales de Atenas ascendían á 1.000 talentos (cinco millones de pesetas próximamente) [Jenofonte, *Anabasis*, 7, 1, 27]. Teniendo en cuenta que los Propileos con sus dependencias costaron 2.012 talentos, no puede estimarse en menos de 8.000 talentos el coste de edificios como el Odeon, el Partenon, los Propileos, el templo de Eleusis y otros templos construídos en el campo como los de Ramno y Sunion, con esculturas, pinturas, imágenes de dioses de oro y de marfil, como la de Palas en el Partenon, tapices suntuosos, etc. Y sin embargo, todas estas obras se hicieron en los últimos veinte años anteriores á la guerra del Peloponeso. [Véase Böckh, *Staatshaushalt. der Athener*, vol. 1, 575, y Deimling en el *Rhein. Museum*, vol. 22, p. 322.]

tuales. Sábese que Pericles sostenía amistad íntima con Sófocles <sup>1)</sup>, y ciertamente es de suponer que dramas como *Antígona* debían constituir una de sus mayores delicias; con tanta más razón cuanto que, como más adelante demostraremos, existía analogía estrecha entre los principios políticos de Pericles y el carácter poético de Sófocles. Más íntimamente ligado aún se hallaba Pericles con Anaxágoras, primer filósofo que proclamó en Grecia la existencia de un «supremo espíritu regulador» <sup>2)</sup>. Por otra parte, la casa de Pericles debió ser el punto de reunión de cuantos comprendiendo la alta misión civilizadora de Atenas se interesaban por su prosperidad y florecimiento; sobre todo desde que la hermosa Aspasia de Mileto la presidía con una libertad mayor de la que las costumbres del Ática solían conceder á las esposas legítimas. Las palabras que Tucídides pone en labios de Pericles, intercalándolas en el célebre elogio de los guerreros muertos, son realmente, si no la letra, el espíritu al menos de Pericles: «En suma: aspiro á que nuestra ciudad sea la escuela de Grecia» <sup>3)</sup>.

¿Quién se atrevería á sostener que este espléndido cuadro careció hasta de la más ligera sombra y que en la floreciente civilización ateniense no se encuentran huellas y elementos de esa decadencia que necesariamente sigue de cerca al apogeo de todas las cosas humanas? La situación política de Atenas y sus relaciones con los demás Estados bastaban por sí solas para provocar ineludible conflicto entre el noble patriotismo, el sentimiento del derecho y del deber de que los atenienses habían dado manifiestas pruebas en el curso de las guerras médicas, y los intereses privados y las pasiones locales. Las relacio-

<sup>1)</sup> [En idéntico sentido respecto de este punto habla su contemporáneo Ion de Chios en sus «Memorias de viajes».]

<sup>2)</sup> El autor de *El primer Alcibiades* (en los *Diálogos* de Platon), p. 118, c., une con Anaxágoras, en calidad de amigos de Pericles, á los músicos filosóficos Pitocheides y Damon; véanse los escolios relativos á este pasaje. También se dice que Pericles mantuvo amistad con el eleático Zenon y con el sofista Protágoras. [Platon, *Fedro*, p. 270, a. Ciceron, *De Oratore*, 3, 1. *Orator.*, 4, 104. *Bruto*, 11, 44. 21, 93.]

<sup>3)</sup> Tucídides, 2, 41: *ξυνηλῶν τε λέγω τὴν πᾶσαν πόλιν τῆς Ἑλλάδος παιδεύειν εἶναι*. [Lo mismo exactamente, aunque en distinta forma, dice el epigrama en honor de Eurípides, atribuido á Tucídides, y en el cual se llama á Atenas Ἑλλάδος Ἑλλάς. Otros análogos testimonios ofrece C. F. Hermann en su *Geschichte und System der Platonischen Philosophie*, p. 87, nota 15.]

nes de Atenas con los demás Estados de Grecia habían sido desde el principio frías y poco sinceras, y hasta los jonios establecidos en un extremo de la Hélade y rodeados por dorios y por eolios, no habían encontrado en los atenienses la simpatía que siempre une á pueblos procedentes de una misma rama. Jamás los otros Estados de Grecia reconocieron la superioridad intelectual de Atenas en tal manera que se mostrasen propicios á subordinarse á ella en las alianzas políticas; por lo cual nunca también ejerció sobre los Estados independientes de la Hélade la hegemonía que en diversas épocas había disfrutado Esparta. Al mismo tiempo que colocaba los cimientos de su grandeza política, Atenas tenía que luchar por libertarse de la vigilancia continua de los demás pueblos griegos; y como el Ática no era una isla, cual los estadistas atenienses habrían deseado, resolvieron aislar á Atenas y su puerto del resto del continente, por medio de grandes fortificaciones, sustrayéndola de esta suerte á la acción de las potencias continentales. Sus estadistas tenían fijadas sus miras en el mar, porque en el carácter nacional de los jonios del Ática, en la situación geográfica de la península helénica, en sus tesoros, y sobre todo en sus minas de plata, veían otros tantos elementos adecuados á la fácil é irremisible consecución del predominio marítimo <sup>1)</sup>. La guerra con los persas imprimió considerable impulso á los esfuerzos de los estadistas atenienses; merced á sus grandes fuerzas navales, Atenas habíase colocado á la cabeza de los pueblos aliados del Asia, que para asegurar su independencia se empeñaban en continuar la guerra contra Persia. Los confederados, súbditos hasta entonces de los reyes de Persia y de largo tiempo habituados á obedecer más que á obrar por propia iniciativa, fueron los que con sus resistencias unas veces, con su apatía otras, proporcionaron á los atenienses la primera ocasión de empuñar las riendas con mano más firme y de arrogarse la supremacía. No eran los atenienses de temperamento cruel y sanguinario; pero es indudable que se hallaba en perfecta armonía con su carácter la extremada severidad que desgraciadamente con demasiada frecuencia emplearon con sus alia-

<sup>1)</sup> [El desarrollo del comercio, consistente principalmente en la exportación de los productos de la industria ateniense y en la importación sobre todo de trigo y de pescados salados, constituyó uno de los más importantes momentos del floreciente progreso de Atenas.]

dos, siempre que se trataba de mantener la integridad de principios que estimaban indispensables para la existencia de la república; había además demasiado orgullo y egoísmo nacional en el empeño con que obligaban á tantas ciudades á pagar cuantiosos tributos para hacer de Atenas el centro de la civilización y de las artes. No trataron, sin embargo, los atenienses de reducir á oscura é indigna servidumbre á millones de hombres para que algunos privilegiados pudieran gozar de pompa y de placeres; lejos de esto, los estadistas como Pericles, tendieron única y exclusivamente á hacer de Atenas el orgullo de la liga entera y á que los confederados gozasen de cuanto bueno encerraba aquella ciudad, y sobre todo á que tomaran parte en las grandes fiestas Panateneas y Dionysiacas, para cuya magnificencia se apelaba á todos los recursos del arte <sup>1)</sup>.

Resolución para obrar y palabra elocuente y persuasiva <sup>2)</sup> eran las cualidades que caracterizaban y distinguían á los atenienses de sus demás compatriotas, y las que resaltaban más en su vida política y en su literatura. Ambas cualidades eran por extremo propicias á la exageración. La resolución en el obrar degeneró bien pronto en espíritu aventurero é irreflexivo, que fué cabalmente el que en la guerra del Peloponeso contribuyó más que nada á la ruina del poderío ateniense que ya no dirigía la perspicaz mirada y la mano experta y segura de Pericles. La conciencia de su superioridad en el manejo de la palabra, que los atenienses cultivaron más que ningún otro pueblo de Grecia, les condujo al sistema de hacerlo todo objeto de polémica y de discusión; sistema que contrastaba con la sobriedad y la reserva de los griegos antiguos, habituados á resumir en pocas palabras el

<sup>1)</sup> Existen muchas razones que inducen á creer que estas fiestas fueron instituidas expresamente para los aliados, los cuales acudían á ellas en tropel. En las Panateneas, por ejemplo, se rogaba públicamente por los plateos (Heródoto, 6, 111), y en todas las grandes fiestas por los de Chios (Teopompo en los escolios á las *Aves* de Aristófanes, 880) [buen testimonio en este punto es el del sofista Trasímaco, que encontramos en el *Estado* de Platon], que fueron casi los únicos aliados fieles de Atenas en la guerra del Peloponeso, después de la rebelión de los mitileneos. Además las colonias de Atenas, esto es, probablemente casi todas las ciudades aliadas, ofrecían sacrificios en las Panateneas. [Debe tenerse también en cuenta que una determinada parte de los tributos de los aliados, de cada talento una mina, por consiguiente  $\frac{1}{30}$ , ingresaba en el Tesoro de Atenas.]

<sup>2)</sup> τὸ δραστήριον καὶ τὸ δεινόν.

resultado de largas meditaciones. Merece notarse el hecho de que poco después de las guerras médicas, el gran Cimon se distinguía de todos sus conciudadanos en que jamás se dejó arrastrar de la locuacidad ática <sup>1)</sup>; su contemporáneo Estesimbrotos de Tasos observa que la dignidad y la franqueza fueron sus cualidades más salientes, y que su carácter era más bien el de un hombre nacido en el Peloponeso que el de un ateniense <sup>2)</sup>. Hay que advertir, sin embargo, que por largo tiempo aún enfrenaron esta locuacidad los principios profundamente arraigados de moralidad nacional y de piedad hereditaria, y que sólo en los comienzos de la guerra del Peloponeso, cuando procedentes sobre todo de las colonias de Oriente y Occidente acudió una pléyade de supuestos filósofos— á quienes después estudiaremos con el nombre de *sofistas*— á establecerse en Atenas, los atenienses aprendieron el arte peligroso de someter á un raciocinio disolvente y corrosivo los tradicionales principios de la moral y de la justicia. Aunque este examen racional iba en último término encaminado á establecer la moral sobre bases filosóficas, es lo cierto que al principio no hizo otra cosa que alentar los instintos é inclinaciones inmorales, y que en todo caso contrarrestó la influencia de las costumbres y de la fé absoluta en ciertos principios, sólidamente arraigados en sus almas. Los artificios de la sofística fueron tan perniciosos para los atenienses, que antes de la guerra del Peloponeso y bajo el gobierno de Pericles, la noble energía del carácter ático que tanto brilló en las guerras con los persas y en la época inmediatamente posterior, hallábase ya, si no por completo aniquilada, pa-

<sup>1)</sup> δεινότης ὁ στοιμλίξ.

<sup>2)</sup> Plutarco, *Cimon*, 4, censura, con razón, á Estesimbrotos por su credulidad y por su afición á relatar la *crónica escandalosa* de su época; á pesar de esto, sus observaciones que, como la que acabamos de citar, tienen por base el conocimiento profundo que había adquirido de la sociedad contemporánea, son muy estimables. [Esta censura carecería de fundamento si, como creen Fr. Rühl y Bursian, la obra de Estesimbrotos, repetidas veces utilizada por Plutarco, fuese apócrifa y estuviera compuesta por un recopilador de anécdotas de época posterior. Los escritores antiguos no dan otras noticias de obras escritas por Estesimbrotos que las relativas al método alegórico de interpretación de los poemas homéricos, compuesto en parte por aquél. Véase Fr. Rühl, *Die Quellen Plutarchs im Leben des Kimon*, Marburg, 1867, p. 67 y ss. Por lo que hace á la autenticidad de aquel libro véase A. Schmidt, *Ueber das Perikleische Zeitalter*, Jena, 1877. El título de la obra: περὶ Θεμιστοκλέους καὶ Θουκυδίδου καὶ Περικλέους, lo debemos á Ateneo, 13, p. 589, e.]

ralizada y quebrantada al menos merced á los éxitos que aquella misma energía había procurado á los atenienses. Aunque dada la enemiga que constantemente profesó Platon á los estadistas de su tiempo, no puede tenerse por justo el severo juicio que forma de la influencia que Pericles ejerció sobre sus contemporáneos—pues dice que los hizo perezosos, pusilánimes, charlatanes y avaros <sup>1)</sup>—ni puede negarse que la inmoralidad que el gran filósofo califica con términos tan duros, estaba estrechamente emparentada con los principios de la política de Pericles. Basando el poderío ateniense en la soberanía de los mares <sup>2)</sup>, Pericles quitó á sus conciudadanos toda ocasión de luchar en tierra firme y de adiestrarse en las maniobras y ejercicios militares que habían templado el vigor y la fortaleza de los guerreros de Maraton. En las naves, los remeros eran los que desempeñaban el papel principal; y excepción hecha de casos de gran peligro, nunca se les escogía de entre los ciudadanos, sino que eran mercenarios pertenecientes á las clases más bajas de la sociedad; así se explica que en la historia de Tucídides, al comenzar la guerra del Peloponeso, un corintio declare que el poderío de los atenienses no era natural, sino comprado á peso de oro <sup>3)</sup>. Por otra parte, desde el momento en que Pericles hizo del ateniense un pueblo soberano consagrado casi por entero á las funciones de gobierno en extenso territorio, fué preciso buscar el medio de que los ciudadanos pudiesen ganar lo necesario para su subsistencia en el desempeño de aquellas mismas funciones; y se halló, distribuyéndoles una buena parte de las rentas de Atenas en concepto de honorarios, por el cargo de juez, por el de consejero, por el de miembro de la asamblea popular, ó por títulos aún menos justificados, como

<sup>1)</sup> Platon, *Gorgias*, p. 515, e. [Véase C. F. Hermann, *Geschichte und System der Platonischen Philosophie*, p. 11 y ss.]

<sup>2)</sup> [Por lo demás, en este punto Pericles no hizo otra cosa que seguir el ejemplo de los estadistas que le precedieron, especialmente de Temístocles.]

<sup>3)</sup> Tucídides, 1, 121, véase Plutarco, *Pericles*, 9. [Cuando el orador corintio dice del poderío de los atenienses que es *ὄνητή μᾶλλον ἢ οἰκεία*, no se refería á los mercenarios extranjeros, sino más bien á la innovación planteada por Pericles de asignar sueldo á todo el que desempeñaba un puesto oficial. Así se desprende claramente del citado pasaje de Platon: *ἀκούω Περικλέα πεποιθέναι Ἰσθμιαίους ἀργούς καὶ δειλοὺς καὶ φιλαργύρους ὡς μισθοφορίαν πρῶτον καταστήσαντα*. La malicia de la mencionada frase de la obra de Tucídides está en la alusión á que los atenienses se hacían pagar con los tributos que los aliados tenían que entregarles.]

por ejemplo, por asistir al teatro (*θεωρικά* <sup>1)</sup>). Las retribuciones concedidas á los ciudadanos por el desempeño de cargos y funciones públicas, eran completamente nuevas en Grecia; y más de un honrado ciudadano juzgaba con severidad esta costumbre de perder el día cómodamente sentado en el Pnyx y en los tribunales, comparándola con el duro trabajo del agricultor. Transcurrió, sin embargo, bastante tiempo antes de que los malos hábitos desarrollados por tales innovaciones, invadieran á Atenas hasta el punto de sofocar las nobles aspiraciones y las generosas tendencias del carácter ateniense: pues aún durante muchos años hubo en Atenas, al lado de las generaciones nuevas, corroidas por los vicios, ávidas de placeres, disolutas, y que pasaban los días en los mercados y en los tribunales, agricultores industriosos, guerreros valientes, hombres de corazón sano y de virtud inquebrantable. La lucha continua entre aquéllas y éstos fué el principal asunto de la *comedia ática*, que estudiaremos detenidamente al hablar de Aristófanes.

Circunstancia de gran interés para el asunto que nos ocupa, es la de que durante toda la época anterior á la guerra del Peloponeso, la corrupción de las costumbres no ejerció influencia alguna en las artes ni en las letras. La historia de la vida intelectual de los pueblos nos enseña á menudo que no son las épocas en que aquellos permanecen todavía fieles á sus buenas costumbres tradicionales, en que las sólidas columnas de una convicción honrada y de una conducta pura no han sido quebrantadas aún por el peso de las malas pasiones, las que ven madurar los frutos más hermosos del arte. Diríase que la nobleza y alteza de miras del humano entendimiento necesitan verse amenazadas por los peligros de la corrupción y de la seducción para manifestarse en las obras de arte y para conservar, siquiera sea por poco tiempo, la belleza que ha desaparecido de la realidad. Es indudable que las obras de este período, entre las que se hallan las maravillosas producciones de Esquilo, de Sófocles y de Fidias, no sólo se distinguen por la perfección de la forma, sino que revelan tal gran-

<sup>1)</sup> [Es indudable que, en general, Pericles era considerado como iniciador del sistema de retribuciones por el Estado, si se tienen en cuenta el testimonio de Platon ya invocado, y el no menos claro de Aristóteles, *Política*, 2, 12, página 1274, a, 8; pero en realidad este sistema sufrió modificaciones que se hallan enlazadas con otros nombres. Véase Böckh, *Staatshaushalt. der Athenener*, vol. 1, p. 320 y ss.]

deza de alma y tal nobleza de sentimientos tan fuera del alcance de los instintos é inclinaciones vulgares, que nos inclinan á rendir casi el mismo tributo de admiración á los ingenios que las produjeron, como al pueblo que supo saborearlas y comprenderlas. Pericles, cuya principal tendencia en el gobierno fué difundir y generalizar entre sus conciudadanos el sentimiento de la verdadera belleza, pudo con razon pronunciar las palabras que Tucídides pone en sus labios, en el mencionado discurso en elogio de los guerreros muertos: «Amamos lo bello pero no el lujo, y gustamos de la filosofía sin ser afeminados» <sup>1)</sup>. Un paso más y el amor á lo bello se tornará en deseo de reprobados placeres, y el gusto por la filosofía, degenerando en vano juego de palabras, sofocará en el corazon de los atenienses los sentimientos nobles y los generosos impulsos.

Ante todo, examinemos el género de poesía verdaderamente propio de los atenienses, el drama; y veremos cómo los gérmenes de la belleza y de la elegancia más exquisitas, brotaron de antiguas formas groseras y rígidas como la rosa surge del boton erizado de espinas.

---

<sup>1)</sup> Tucídides, 2, 40: φιλοκαλοῦμεν γὰρ μετ' εὐτελείας καὶ φιλοσοφοῦμεν ἄνευ ματαίας. La palabra εὐτελεία no debe entenderse en el sentido de que los atenienses no emplearan considerables sumas en obras de arte; Pericles, por el contrario, quiere decir que los atenienses, en su amor al arte, más que al lujo y á la esplendidez puramente externos, atendían á la belleza intrínseca de las cosas.

## CAPÍTULO XXI

### Orígenes de la poesía dramática.

El espíritu y las tendencias que caracterizan una determinada época, refléjanse más completa y fielmente en la poesía que en la prosa; por esto en los tres géneros poéticos principales de la poesía griega es donde mejor hallamos los caracteres de los tres distintos períodos de la civilización helénica. La poesía épica, al menos en su forma clásica, pertenece á una época en que aún las instituciones monárquicas continuaban vigentes, y en que dominada la imaginación popular por tradicionales leyendas, el pensamiento y la razon se declaraban con ellas satisfechos. La elegía, el yambo y la poesía lírica propiamente dicha, nacieron en un período de gran agitación intelectual, inseparable compañera del desarrollo de las instituciones republicanas; período en que el ciudadano hacía valer sus inclinaciones y tendencias individuales, y en que el corazon humano abría hasta sus más recónditos senos á la inspiración y al entusiasmo poéticos. Si avanzando por este camino llegamos en fin al momento en que la civilización griega alcanza su mayor grado de esplendor, y en que tocan á su apogeo el poderío y la libertad de los atenienses, y hallamos que un nuevo género de poesía se convierte en órgano de las ideas y sentimientos en aquella época predominantes, reduciendo á la oscuridad y á la insignificancia más completas los demás géneros poéticos, nos preguntaremos por qué la poesía dramática respondía tan á maravilla al espíritu del siglo, y por qué logró conquistarse tan completamente el favor del público, con detrimento de sus hermanas.

La poesía dramática, como el mismo nombre griego indica, no se limita, cual la épica, á relatar hechos, sino que además los